

LA CULTURA MEDIEVAL DEL VALLE DEL EBRO Y EUROPA

Joaquín Lomba Fuentes

CONOCIDA es la labor llevada a cabo por la Península Ibérica en la transmisión de la filosofía y ciencia musulmanas y judías a la Europa medieval, a través, sobre todo, de Castilla y, más en concreto, por la «Escuela de Traductores de Toledo» y de sus grandes artífices, Domingo Gundisalvo y el problemático Juan Hispano. Sin embargo, conviene hacer alguna precisión. En primer lugar, hay que recordar que la llamada «Escuela de Traductores de Toledo» es un invento de la historiografía moderna que ha sido actualmente muy puesto en entredicho y, en segundo término, que no solo fue Toledo sino otros puntos de la Península, y con características muy específicas, los que también llevaron a cabo esta labor. David Romano lo expone en estos términos, al referirse al primer período de traducciones realizadas en la Península Ibérica: '«Tradicionalmente, pero equi-

1. ROMANO, D., *La ciencia hispanojudía*, Mapfre, Madrid, 1992, p. 84-85. Juan VERNET se pronuncia en el mismo sentido al no ver ni una comunidad de ideas, de método, de lugar de maestros y discípulos en la llamada Escuela de Traductores de Toledo: «El siglo XII es aquel en que se realizan mayor número de traducciones del árabe al latín y al hebreo. Buen número de ellas se escribieron en Toledo bajo el patronato del arzobispo de esta ciudad, don Raimundo (1125-1152), sin que ello quiera decir que sus autores se integraran en esa única escuela que tradicionalmente se denomina como escuela de traductores de Toledo. Para que la misma hubiera tenido una existencia real sería necesario que hubiera habido una unidad de magisterio, de método y de lugar cuando en realidad el único vínculo es geográfico y de mecenazgo. Es más: muchos de los tra-

vocadamente, la primera mitad de esta época [hasta 1250] ha sido considerada y definida como la época de la «Escuela de Traductores de Toledo». Desde que a mediados del siglo pasado lo estableciera el francés Jourdain, los historiadores de la filosofía y de la ciencia suelen dar por sentada la existencia de dicha escuela, que habría sido un cuerpo organizado, que habría trabajado gracias al mecenazgo del arzobispo don Raimundo. Pero la verdad es que los escasísimos datos conocidos no permiten afirmar la existencia de esa escuela, a pesar de que la expresión se haya generalizado. No se puede negar que Toledo era la capital de Castilla y que allí se realizaron traducciones, con la ayuda de don Raimundo, que curiosamente era francés. Pero hay que matizar: en primer lugar, no hubo una verdadera escuela de traductores sino dos, o a lo sumo tres intelectuales que trabajaron allí, quizá independientemente y durante pocos años; además, es preciso reconocer dos cosas: una es que por su misma condición de capital, Toledo, había de ser un gran centro sino el

ductores de ese siglo trabajaron en ciudades muy alejadas de Toledo. Es debido a su labor cómo lo mejor de la ciencia árabe -y de la clásica conocida a través de los árabes- se transmitió a Europa y pudo ser estudiada en las escuelas catedralicias y en las sinagogas. Esa transmisión fue facilitada por la muy diversa nacionalidad de los traductores que vivieron en ciudades distintas de la Península: Barcelona (Platón de Tívoli), que trabajó en colaboración con el judío Abraham bar Hiyya (Savasorda), Tarazona (Hugo de Santalla), Toledo (Gerardo de Cremona) etc.» (*El Islam y Europa*, El Albir Universal, Barcelona, 1982, p. 70-71.

principal, de la actividad intelectual, además de política; y otra es que la labor de traducción se desarrolló al mismo tiempo en distintos lugares de la Península. Los ejemplos son numerosos, aunque faltos de suficiente estudio. Hay versiones del árabe al latín hechas en la ciudad de León; las hay también en varias ciudades del valle del Ebro, concretamente en las navarras de Pamplona y Tudela, así como en las aragonesas de Tarazona, de Zaragoza y de Huesca, y sobre todo en Barcelona». Así, pues, merece la pena que nos detengamos brevemente en la tarea desarrollada concretamente por el Valle del Ebro y por el rincón nororiental de la Península que sobre él se monta. Y ello es tanto más importante cuanto que no solamente llevó a cabo esta zona una muy intensa labor traductora sino que, además, lo hizo con unas características que la diferencian claramente del resto peninsular.

Y, ante todo, quisiera acotar la zona geográfica a que me voy a referir, al hablar del Valle del Ebro y del rincón nororiental de la Península Ibérica. Primeramente, incluiré lo que, desde el 714 en que fue conquistada Zaragoza por los musulmanes, se denominó *Frontera Superior* o *al-tagr al-a'là*, con su capital en esa misma ciudad, llamada entonces Saraqusta. Esta demarcación abarcaba desde Tarazona y Tudela hasta Tortosa y desde Lérida-Huesca hasta Albarracín (de acuerdo, siempre, con las fronteras marcadas por la llamada Reconquista en cada momento de la Edad Media). Durante los Reinos de Taifas, desde el 1018 hasta 1110, constituirá esta misma zona un Reino independiente con su capital en la misma Zaragoza, regido sucesivamente por las dinastías tuýibí y hūdí. Desde 1110 hasta 1118 en que fue conquistada por Alfonso I, estuvo la región bajo el dominio de los almorávides. A este conjunto hay que añadir,

bajo el punto de vista cultural, la actual Cataluña, sobre todo a partir del 801 en que Barcelona es conquistada por los cristianos. De este modo, van dejando de pertenecer a dicha *Frontera Superior* musulmana, pero manteniendo el acervo y herencia intelectual anterior, Huesca en 1096, Tudela en 1114, Zaragoza en 1118, Calatayud en 1120, Tarragona en 1128, Lérida en 1149 y así sucesivamente. Es lo que, luego, en su totalidad, será llamado Corona de Aragón, con los actuales Aragón y Cataluña. Pero a este triángulo cruzado por el Ebro, hay que añadir también ciertas zonas de la Francia meridional. Desde el s. XI hasta el s. XIII, las anexiones y uniones políticas de regiones francesas a la Corona de Aragón son continuas. Así, a comienzos del s. XII Ramón Berenguer IV y Alfonso II, se anexionan la Provenza y el Languedoc que los retienen durante casi ciento cincuenta años hasta el Tratado de Corbeil (1258), aunque, después de esta fecha, se siguen dominando a intervalos el Rosellón y la Cerdaña. Es lo que se comprende dentro del área de la «Hispania triangulata» (que sitúa sus vértices en Galicia, Narbona, Gibraltar) y que supone siempre y sobre todo una tan estrecha comunidad cultural entre el sureste de Francia y la Corona de Aragón que nos obliga a incluir en esta exposición a numerosos autores que o nacieron en esa zona o simplemente vivieron en ella, alternando, además, muchas veces sus residencias en el Sur de Francia con otras en las actuales Aragón y Cataluña.

Y si en el título de esta exposición he aludido solo al «Valle del Ebro» es porque, histórica y culturalmente, creo que el foco de producción originario y de atracción fundamental respecto a los intelectuales del momento, fue el Valle del Ebro musulmán, el *tagr al-a'là* o *Frontera Superior* y el posterior

Reino de Taifas de Zaragoza. Fue allí donde se fraguó la gran cultura musulmana y a donde acudieron los grandes científicos y pensadores del sur de al-Andalus que huían de la fitna o guerra civil que sobrevino a la caída del Califato en Córdoba. Dicha Frontera Superior y su capital Saraqusta ofrecían todas las garantías de calidad científica, de protección oficial de la cultura y de paz interna para desarrollar una auténtica vida intelectual.² Luego, fueron las grandes aljamas judías de Zaragoza, Tarazona, Huesca, Barcelona, Gerona y Tarragona las que albergaron a los más eminentes judíos que habrían de protagonizar la empresa que vamos a considerar. Tanto es así, que cuando los cristianos quisieron organizar unas disputas públicas y solemnes con los judíos sobre temas teológicos, con la esperanza de convertir a los grandes intelectuales del momento, eligieron las dos metrópolis de la intelectualidad que estaban colindando con el Valle del Ebro, a saber: Barcelona (1263) y Tortosa (1413-1414), aparte de otra que tal vez tuvo lugar en Tarazona. Parece como si el Valle del Ebro fuera a la vez el eje articulador de lo que ocurre en el nordeste de la Península Ibérica, a la vez que constituye la línea divisoria de la mis-

2. Para la historia intelectual tanto musulmana como judía, puede verse: LOMBA, J., *La filosofía islámica en Zaragoza*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1987, segunda edición, 1991; *La filosofía judía en Zaragoza*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1988. En estas obras se incluye una amplia bibliografía sobre el tema, destacándose, por ejemplo, los trabajos de VERNET, J., «El Valle del Ebro como nexo entre Oriente y Occidente», en *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1950, p. 249-286; GRAU, M., «Contribución al estudio del estado cultural del Valle del Ebro en el s. XI y principios del XII», *ibidem*, 1958, p. 229-272; BOSCH, J., «El Reino de Taifas de Zaragoza; algunos aspectos de la cultura árabe en el Valle del Ebro», en *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 10-11, Zaragoza, 1960, p. 7-67.

ma a cuyo norte se dibuja una nueva intelectualidad abierta al Mediterráneo y a Europa, distinta del resto abocada al Atlántico y Norte de Africa. El Ebro, así, sería el que dividiendo, uniría, como alargada bisagra, el Magreb, el sur de al-Andalus, Castilla, con el interior del continente europeo y su Mare Nostrum.

Pues bien, a todo este conjunto, tanto musulmán como cristiano del Valle del Ebro y del triángulo nordeste que sobre él se eleva, me voy a referir, subrayando el papel fundamental que desempeñó en la transmisión del saber a la Europa Medieval y, a través del Medievo, a la Modernidad. Y la primera figura que habría que señalar es la de Gerberto de Aurillac, monje de Aurillac, magister de Reims, abad de Bobbio y, finalmente, Papa con el nombre de Silvestre II (999-1003). De él dice Taton:³ «El punto capital de su biografía es su estancia en España (967-969), bajo la dirección de Atón, obispo de Vic. No hay necesidad de suponer que fuera a Córdoba; la actividad del monasterio catalán de Santa María de Ripoll ofrece un impresionante ejemplo de injerto de elementos árabes en el tronco de la tradición isidoriana. Su correspondencia nos lo muestra directamente pidiendo a su amigo Lupitus (Llobet) de Barcelona que le envíe un Tratado de «astrología» (consagrado tal vez al astrolabio) o, en 984, pidiendo al obispo Mirón de Gerona el *De multiplicatione et divisione numerorum* de un tal Josefo Hispano». Aparte de su importante labor traductora, como dice el mismo Taton: «tenemos que considerar por fuerza [a Gerberto de Aurillac] como el primer gran científico que haya vulgarizado

3. TATON, R., *Historia General de las Ciencias. I. La ciencia Antigua y Medieval*, Barcelona, 1971, p. 628.

en Europa las cifras árabes y el astrolabio».⁴

Se acaba de aludir a la intensa actividad intelectual desarrollada en el monasterio de Santa María de Ripoll. En efecto: consagrada su primitiva iglesia en el 880, reunió en su biblioteca todo cuanto pudo del Renacimiento Carolingio, de la tradición de San Isidoro y de los libros científicos de al-Andalus. La figura más significativa del monasterio fue el Abad Oliva (muerto en 1046) que fue nombrado después Obispo de Vic. Del manuscrito 225 hallado en Ripoll, que hoy se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón y que fue estudiado por Millás⁵ se desprende claramente, como afirma Vernet⁶ que: «los textos de Ripoll, tal y como hoy se nos presentan, constituyen el más antiguo testimonio conocido de la influencia islámica en la cultura del mundo occidental y además permiten intuir el nombre de alguno de los autores traducidos, como, por ejemplo, Masāllāh, cuya obra sobre el astrolabio aparece extractada».

En esta misma línea traductora y transmisora del árabe al latín se destacaron otros centros en la región del Ebro. Por ejemplo, Pamplona donde trabajaron Hermann de Carintia (llamado también Hermann el Dálmata, el Eslavo) y Roberto de Ketton que tradujeron, entre otras cosas, el Corán. También desarrollaron su actividad en la región Rodolfo de Brujas y Roberto de Chester. Y, concretamente, en Tarazona se llevó cabo una amplia labor traductora bajo la protección del obispo Miguel (1115-1151). Este, descono-

cedor del árabe y el hebreo, pero apasionado por el saber árabe y judío de al-Andalus, acudió al maestro Hugo de Santalla con quien mantenía frecuentes conversaciones científicas para que tradujera del árabe al latín diversas obras de astronomía, astrología, alquimia y nigromancia. Posiblemente, como indica María Jesús Lacarra,⁷ en Tudela, por esta misma época, se desarrollase una amplia labor de traducción, puesto que, esta ciudad pertenecía a la diócesis de Tarazona y, por tanto, el mismo obispo Miguel tal vez aprovechase la antigua tradición tudelana de científicos, filósofos y literatos árabes y judíos para verterla al latín.⁸

Pero todo lo dicho hasta aquí no se diferencia sustancialmente de lo que ocurrió en la Escuela de Traductores de Toledo al pasar del árabe al latín las obras de los filósofos y científicos andalusíes. En Castilla, son los cristianos los que llevan a cabo esta labor; y nótese que son generalmente extranjeros los que una vez vertidas al latín las obras, se las llevan a Europa, no dejando en nuestro suelo apenas ninguna huella de los nuevos saberes. Como dice Abellán, refiriéndose a la labor traductora de Toledo: «Lo primero que llama la atención es que, tras la valiosa aportación de las escuelas de traductores del s. XII, que tan decisivamente influyó en el apogeo filosófico medieval europeo, en España apenas se notase su efecto. La

4. *Ibidem*.

5. MILLÁS, J. M., *Assaig d'història de les idees físiques i matemàtiques a la Catalunya medieval*, Barcelona, 1931.

6. VERNET, J., *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, Barcelona, 1978, p. 107.

7. LACARRA, M. J., *Pedro Alfonso*, Zaragoza, 1991, p. 16-17.

8. BRAGA, G., «Le prefazioni alle traduzioni dall' arabo nella Spagna del XII secolo: la valle dell' Ebro», en *La diffusione delle scienze islamiche nel medio evo europeo*, Roma, 1987, p. 323-354; BURNET, Ch., «Literal Translation and Intelligent Adaptation amongst the Arabic-Latin Translator of the first half of the Twelfth Century», *Ibidem*, p. 9-28; VERNET, J., *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, *op. cit.*

evolución de la filosofía cristiana se produce como si en este país no hubiera tenido lugar un enriquecimiento tan importante de la cultura occidental. Apenas se tiene aquí conciencia de la producción de Ibn Ḥazm, Ibn Ṭufayl, Averroes, Ibn Gabirol, Maimónides, ni siquiera de las obras de Domingo Gundisalvo y Juan Hispano, que, en consecuencia, carecen de repercusión en la literatura de los siglos XIII y XIV [...]. Los historiadores de la filosofía han recalcado cómo la España del s. XIII no supo ponerse a la altura del legado filosófico recibido a través de los traductores del siglo anterior, empobreciéndose el ámbito de la reflexión y del pensamiento».⁹

Sin embargo, esta afirmación, que es correcta aplicándola a Castilla, no lo es para la zona a que ahora me estoy refiriendo. Por una parte, ya no son los extranjeros solamente los que vienen a llevarse el saber andalusí (como acabamos de ver en el caso del monje Gerberto o de los centros de traducción del Valle del Ebro), sino que son los mismos nativos los que lo hacen. Ahora bien, esos nativos o son los propios monjes del Monasterio de Ripoll que llevan a cabo una ingente labor traductora o son los judíos naturales de la zona (conocedores del árabe y del hebreo) que llevan el saber griego y musulmán a Europa, por las razones que luego diré. Es que, en primer lugar, la gran cultura árabe, perfectamente asimilada y protagonizada por los judíos, sigue en sus manos intacta: los vencidos no habían sido ellos sino los musulmanes, con lo cual, su saber científico y filosófico había quedado intacto. En segundo lugar, sobre todo a partir del siglo XII y XIII, el ideal de

cultura, en un sentido general, se extiende a toda la comunidad judía, dejando de ser patrimonio exclusivo de las elites. Por fin, en tercer lugar y en un sentido más restringido, la ciencia más puntera y el racionalismo averroísta y maimonideano prenden en las clases dirigentes judías de la Corona de Aragón, con todo lo cual surge un movimiento intelectual de gran calidad, autóctono y personal. Con todo ello, los judíos de la Corona de Aragón afrontan la gran tarea de pasar a Europa el gran saber árabe, bien mediante sus enseñanzas personales, bien mediante compendios hechos por ellos mismos, o también traduciendo las grandes obras científicas y filosóficas del árabe al hebreo y luego al latín, como luego veremos.¹⁰ Pero, sobre todo, los judíos de la Corona de Aragón y Valle del Ebro, pueden llevar a cabo esta labor gracias a que no se limitaron a ser transmisores sino que asimilaron, recrearon y continuaron el legado árabe que habían recibido. Esta dimensión de la cultura árabe y de su transmisión por la parte judía, sobre todo la centrada en el Valle del Ebro y Sur de Francia, el Languedoc, abren las puertas a futuras y enriquecedoras investigaciones, como muy bien lo subraya David Romano: «El contacto entre la cultura árabe y la cultura de los judíos es un tema que algún día podría y debería ser objeto principal y exclusivo de una investigación en profundidad, entre otras razones porque el contacto tuvo por escenario no solamente una sino tres amplias zonas geográficas: la Península Ibérica, el Languedoc e Italia».¹¹

10. Ver a este respecto los magníficos trabajos de David Romano, *La ciencia hispanojudía*, ya citado más arriba y «El papel judío de la transmisión de la cultura», en *Hispania Sacra. Congreso Internacional de Historia Eclesiástica comparada*, 40 (1988), p. 955-978.

11. ROMANO, D., *La ciencia hispanojudía*, op. cit., p. 17.

9. ABELLÁN, J. L., *Historia Crítica del Pensamiento Español*, Madrid, 1979, tomo I, p. 230.

Pero no son sólo los judíos; también los cristianos se aprovechan del acervo intelectual griego y árabe y crean una ciencia y filosofía propias. Con ello, la Corona de Aragón, en sus dos vertientes, judía y cristiana, se diferencia sustancialmente del resto de la Península, concretamente de Castilla, a la cual aludía Abellán en el texto arriba citado. A la filosofía y ciencia que se desarrolla en Cataluña y Aragón hay dedicado un capítulo de este volumen que la estudia monográficamente. Por ello, aquí solamente me centraré en el movimiento transmisor andalusí a Europa por parte de esta zona de la Península. Incluso dejaré aparte la exposición del pensamiento y producción personales de aquellos autores que, a la vez, llevaron a cabo esa transmisión. Solamente aludiré a dicho pensamiento y obras en la medida en que, al transmitirlos, influyeron en el progreso intelectual europeo.¹²

Así pues, dentro de este ámbito de la transmisión, una primera figura que hay que señalar es la del judío converso al cristianismo Mošeh Sefardí que, nacido en Huesca alrededor de 1062, se bautizó en esta ciudad en 1106 sien-

12. Para un conocimiento más detallado de cuanto se va a exponer a continuación, pueden consultarse las siguientes obras: SIRAT, C., *A History of Jewish Philosophy in the Middle Ages*, Cambridge, 1985; *La philosophie juive médiévale en pays de Chretienité*, Paris, 1988; SÁENZ BADILLOS, A., y TARGARONA, J., *Gramáticos hebreos de al-Andalus*, Córdoba, 1988; *Diccionario de autores judíos (Sefarad. Siglos X-XV)*, Córdoba, 1988; SÁENZ BADILLOS, A., *Literatura Hebrea en la España Medieval*, Madrid, 1991; GONZALO MAESO, D., *Manual de Historia de la Literatura Hebrea*, Madrid, 1959; SAMSÓ, J., *Las ciencias de los antiguos de al-Andalus*, Madrid, 1992; ROMANO, D., *La ciencia hispanojudía*, op. cit.; VAJDA, G., *La transmission du savoir en Islam (VII-XVIII^e siècles)*, Londres, 1983; VERNET, J., *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, op. cit.; *El Islam y Europa*, Madrid, 1982; LOMBA, J., *La filosofía islámica en Zaragoza*, op. cit.; *La filosofía judía en Zaragoza*, op. cit.

do su padrino el Rey Alfonso I, adoptando el nombre de Pedro Alfonso. Tras ser nombrado médico de dicho monarca viajó varias veces a Inglaterra, donde a su vez fue médico de Enrique I. Allí se hizo amigo de dos grandes figuras de la ciencia que asimilaron, gracias a Pedro Alfonso, el gran saber matemático y astronómico andalusí: Walcher de Malvern y Adelardo de Bath. Entre sus obras figuran *Disciplina clericalis*,¹³ *Dialogus contra iudaeos*,¹⁴ *De Dracone*, a la cual hace alusión Walcher de Malvern, *De Astronomía* y el *Liber ysa-gogorum Alchorismi in artem Astronomicam* atribuida a él.

Pedro Alfonso es el introductor en Europa, a través de sus enseñanzas personales y escritos propios de los cánones, tablas, astrolabio y mediciones astronómicas de los árabes y de la matemática de al-Jwarizmi, impulsando así el espíritu científico en las escuelas y contribuyendo al desarrollo del *trivium* y el *quadrivium*, dando más importancia a este último por su carácter científico. Así en su *Carta a los estudiosos franceses* entre otras cosas dice, por ejemplo: «Te las enumeraré [las siete artes liberales]. Estas son las artes: dialéctica, aritmética, geometría, medicina, música, astronomía; acerca de la séptima hay varias opiniones. Los filósofos que no siguen a los profetas dicen que la séptima es la nigromancia. En cambio, otros de ellos que creen en las profecías y en la filosofía dicen que la séptima es la filosofía, que precede a las materias naturales o físicas. Otros, que no se dedican a la filosofía, dicen que es la gramática». Por otra parte, en esa misma carta, se sien-

13. Existe traducción al español por la profesora M. J. Lacarra, *Disciplina clericalis*, Zaragoza, 1980.

14. Está en prensa la traducción de este diálogo, hecha por A. Ballestín.

te superior a los intelectuales europeos al tener conocimientos científicos que aún no habían pasado los Pirineos: «Porque llegó a mis oídos que algunos de aquellos que estudian las ciencias se preparan para ir a regiones remotas para obtener mejor conocimiento de la astronomía. A los cuales yo respondo sin tardanza: si eso es cierto, pronto y cerca tendrán los conocimientos que desean, si no dudan de que yo sé algo de esa materia».¹⁵

Pero nótese que la transmisión que realiza Pedro Alfonso, dada su calidad de converso, es a través del latín y dirigida a los cristianos europeos. Pero es un caso aislado dentro del movimiento general de traducciones judías de la Corona de Aragón que se desarrolla entre intelectuales que conocen a la perfección tanto el árabe como el hebreo (aparte del romance). El latín lo desconocen diríamos que por completo, al menos hasta la segunda mitad del s. XIII, porque esta lengua es patrimonio casi exclusivo de los cristianos y de sus Universidades, a las cuales no tenían acceso los judíos en Europa. Por otra parte, el latín tampoco despertaba mayor interés entre los intelectuales judíos de Aragón por estar esta lengua todavía en un estadio inmaduro y poco apto para transmitir la nueva ciencia y filosofía, vertida en el idioma más culto del momento, el árabe, de una gran precisión terminológica en ciencias y en filosofía. El hebreo, por tanto, era la lengua en que había que verter todo el saber recibido del mundo árabe en general y, en concreto, andalusí. Por otra parte, y posiblemente como consecuencia de lo dicho (aunque pudieran añadirse otras razones), el público al que se

dirigían los judíos de la Corona de Aragón no era el cristiano sino el de sus propios correligionarios europeos los cuales conocían perfectamente el hebreo. A ellos iban dirigidas las traducciones del árabe de las obras científicas y filosóficas más avanzadas del momento.

Completando esta panorámica, como dice C. Sirat¹⁶ «La frecuencia de estas traducciones [del árabe al hebreo] parece indicar que en general el latín no era bien conocido; es también posible que fuera más fácil para un doctor judío conseguir un libro, de un correligionario que de un colega cristiano. También se debe recordar que en la Edad Media leer y escribir no iban siempre juntos. Mucha gente era capaz de leer pero no de escribir y es posible que los doctores judíos pudieran leer el latín pero no copiar un manuscrito que les interesase, mientras que podían hacerlo en hebreo. Así, la influencia del medio intelectual cristiano se hizo sentir más o menos de acuerdo con los autores, pero raramente estuvo por completo ausente».

El árabe, como queda dicho, había elaborado una terminología extraordinariamente precisa, tanto para la nueva ciencia como para la filosofía. Más aún, en muchos casos había enriquecido con creces al propio griego. Dos ejemplos (y se podrían aducir otros muchos): uno, términos tan exactos y matizados como *ʿaql*, *nutaq*, *ʿilm*, *ḥikma*, *falsafa* (intelecto, razón, ciencia, sabiduría, filosofía) significan en árabe muchas más cosas que sus originales griegos a los que traducen; otro, la palabra latina medieval *Metaphysica* (con todo el contenido que tuvo y tiene) es sabido que debe mucho más

15. Ambos textos están tomados de M. J. Lacarra, *Pedro Alfonso*, Zaragoza, 1991, p. 29.

16. SIRAT, C., *A History of Jewish Philosophy in the Middle Age*, op. cit., p. 344.

a la tradición musulmana que a la griega.¹⁷

El hebreo, por su parte, como dice G. Sermoneta¹⁸ «por muchos siglos, no supo o no quiso crear un lenguaje técnico-filosófico autónomo, adaptado a la abstracción metafísica o al rigor del discurso lógico. En la práctica, hasta el siglo XII, el hebreo por lo que respecta a la filosofía, depende totalmente del árabe». Como consecuencia, los filósofos judíos, hasta el s. XII, son araboparlantes y escriben en árabe: Sa'adia Gaón e Isaac Israelí, fuera de la Península y, en al-Andalus, Ibn Gabirol, Maimónides, Ibn Paqūda, Yēhudah ha-Levi y otros muchos más, con lo cual, se dio «una simbiosis perfecta [con el árabe], una dependencia casi total, que bloqueó necesaria y naturalmente por muchos siglos el proceso creativo y formativo de una terminología filosófica autónoma y el nacer de un lenguaje estrictamente técnico, directamente expresado en hebreo».¹⁹

Esta situación de inmadurez y ambigüedad terminológicas del hebreo se agravó en el s. XII, en el nordeste de España y en Provenza, al entrar en contacto los judíos no solo con los araboparlantes, sino también con los latinoparlantes y latinoescritores. Este trilingüismo agudizó los titubeos y la indeterminación del hebreo a la hora de acuñar términos propios. Con lo cual, se produce un auténtico *impasse*

17. Véase PÉREZ FERNÁNDEZ, I., Influjo del árabe en el nacimiento del término latino-medieval «Metaphysica», *Actas del V Congreso Internacional de Filosofía Medieval*, Madrid, 1979, p. 1099-1109.

18. SERMONETA, G., L'ebraico tra l'arabo e il latino nella trattatistica filosofica medievale: Un ponte segnato dal passaggio di due tradizioni terminologiche e culturali, *Actas del V Congreso...*, *op. cit.*, p. 145.

19. SERMONETA, G., L'ebraico tra l'arabo ..., *op. cit.*, p. 145.

y, en consecuencia, el nacimiento en la Corona de Aragón y Sur de Francia de tres tendencias o escuelas de traducción: primera, la «purista» de Abraham ben 'Ezra y Abraham bar Ḥiyya', entre otros; segunda, la de adaptación del hebreo al árabe por parte de los Tibbónidas; tercera, la de un acercamiento al latín, si bien habrá que distinguir dos subaspectos dentro de este apartado.

Características de la primera escuela: en primer lugar, se pretende crear una terminología hebrea filosófica y científica lo más desvinculada posible del árabe, evitando cualquier calco léxico, sintáctico, gramatical del árabe y buscando en todo momento una forma de expresión estilísticamente correcta y elegante de la lengua hebrea. Para ello se basan en el más estricto hebreo tanto bíblico como mišnáico y talmúdico, pudiéndoseles calificar, en este sentido, como de *puristas*. Entre los representantes de esta tendencia puede citarse, ante todo a Abraham bar Ḥiyya' o Savasorda (1065-1138), de Barcelona, traductor del *Yésode ha-tēbunah u-migdal ha-ēmumah*, *Fundamentos de la inteligencia y torre de la fe*, que es un tratado de geometría, aritmética, óptica y música, del cual solo nos han llegado fragmentos traducidos por Millás en 1952; *Ḥibbur ha-mešīḥah wē-ha-tišboret*, *Tratado de las áreas y medidas* (traducidos también por Millás en 1931), que sirvió para la medición de las tierras conquistadas por los cristianos. Este libro fue traducido al latín por Platón de Tívoli pasando a ser un libro fundamental de matemáticas en el mundo cristiano. El *Ḥokmat ha-ḥizzayon*, con dos partes: *Šurat ha-eres*, *La forma de la tierra* y *Ḥēšbon mahālakot ha-koḥabim*, *Cálculo del curso de los astros*. En estas obras expone por primera vez el sistema tolemaico en hebreo siguiendo a al-Fargānī. Y, por fin, el *Sefer ha-'ibbur*, *Libro de la intercalación*. Con tablas astronómicas y astrológicas.

Otro destacado representante de esta escuela es el tudelano Abraham ben 'Ezra' (1089-1164) que viaja a Roma, Lucca, Mantua, Narbona, Beziers, Rouen, Dreux, Londres y, finalmente a Tierra Santa donde muere, dejando tal huella que, ciento cincuenta años más tarde, dice de él Yehadia ha-Penini de su estancia en Beziers: «Los sabios de aquella región, los hombres piadosos y los rabinos, tuvieron una gran alegría cuando ben 'Ezra' pasó por sus comunidades. El empezó a abrir los ojos en nuestras regiones y escribió para nuestras gentes el comentario al Pentateuco y a los profetas». Y Yehudah ibn Tibbon, dice de él: «Entre los judíos de la diáspora, desde Francia hasta la tierra de Edom, no se conocía la lengua árabe, con lo cual no podían aprovecharse de los libros escritos en árabe en España [...]. Así, Abraham ben 'Ezra', vino a sus tierras y les ayudó con pequeños libros que contenían una agradable y preciosa enseñanza». Así, pues, Abraham ben 'Ezra', aparte de numerosas obras de gramática hebrea, compone los siguientes tratados científicos y filosóficos que pasó a sus correligionarios de Europa entera: sobre matemáticas *Sefer ha-'ibbur*, *Sefer ha-mispar*, *Sefer yesod mispar*, *Sefer ha-'ehad*, *Mišpēte ha-mazzalot*; sobre astrología *Re'sit hokmah*, *Sefer ha-tē'amim*, *Sefer ha-mibharim*, *Sefer ha-mē'orot*, *Sefer ha-'olam*; y sobre astronomía, cosmología y física, *Seder 'olām*, *Sefer kēli nehošet* (concretamente sobre el astrolabio) y *Sefer ha-'āšamim*.

Personalidad muy destacada de esta escuela purista es Yehudah al-Ḥarizī (ca. 1170- ca. 1230) que, de familia granadina, nace cerca de Barcelona viviendo siempre en Cataluña, Sur de Francia y Toledo. Es el traductor al hebreo de *Los dichos de los filósofos*, de Ḥunayn ibn Ishāq, de una carta atribuida a Aristóteles, de varios tratados de filosofía y medicina, el *Sefer ha-nefēs*,

Libro sobre el alma, del Pseudo Galeno y, sobre todo, la *Guía de los perplejos* de Maimónides. Basándose en esta última es sobre la que se hizo la latina más conocida y que fue utilizada por los escolásticos, en particular por Santo Tomás de Aquino. Sin embargo, esta versión hebrea, en su afán purista, es sumamente ambigua en muchos pasajes y es preciso acudir a la versión árabe para aclararse. Prueba de esta ambigüedad es la discusión que surgió a finales del XIII entre el dominico Nicolás de Giovinazzo y el comentador judío de la *Guía*, Mošeh de Salerno. Pronto hablaré de la otra versión hebrea, la de Yehudah ibn Tibbon.

Segunda Escuela de traducción, la de los Tibbónidas, los cuales proceden de otro medio: no solo saben árabe y hebreo sino que están en contacto y conocen bien las obras cristianas y el latín en que están escritas. Por ello, su hebreo, consciente de sus limitaciones, es fundamentalmente receptivo y crea una terminología filosófica y científica, precisa, arrancada normalmente del árabe, pegándose escrupulosamente al texto original árabe. Šēmu'el ibn Tibbon, consciente del problema, dice: «He caído en la cuenta de que no puedo por menos de usar palabras extranjeras, términos que, por la pobreza de nuestra lengua, no serían entendidos por el lector [...]. Esta pobreza depende de la falta de rigurosos tratados científicos en hebreo, dado que no encontrarías en nuestra lengua aquellos términos "extranjeros", que sólo son empleados por los expertos en las ciencias, de modo bien diferenciado entre ellos y de manera precisa». Este apego al texto hizo a los judíos del siglo XII y primera mitad del XIII que desconfiasen totalmente de las versiones latinas de la filosofía y ciencia musulmanas, puesto que eran conscientes de la superioridad de sus

traducciones hebreas, mucho más directas que las latinas, aún inmaduras en terminología. Esto hace que las traducciones del árabe al hebreo hechas por los Tibbónidas en la Corona de Aragón fueran consideradas por los judíos araboparlantes mucho mejores que las latinas toledanas. Hay que añadir que, además del espíritu científico que les animaba, esta literalidad y fidelidad al texto venía a ser como una transposición a la filosofía de la manera medieval de comentar la Biblia entre los judíos y cristianos: aquí se trataba de un texto sagrado que se debía respetar; allí, de un texto científico o filosófico al que había que acercarse con el mismo espíritu de literalidad.

El primero de la saga es Yēhudah ibn Tibbon (1120-1190) que nació en Granada muriendo en Marsella, tras haber huido del fanatismo almohade. Es el traductor de obras tan insignes (y, por cierto, algunas de ellas escritas originariamente en Zaragoza o en la Frontera Superior) como el *Kuzari* del tudelano Yēhudah ha-Levi, la gramática y diccionario compuestos en Zaragoza por el universalmente famoso gramático Ibn Yānāh, el *Sefer ha-'emunit wē-ha-de'ot* de Sa'adia Gaón *Selección de perlas* y el *Libro de la corrección de los caracteres* de Ibn Gabirol, *Los deberes de los corazones* de Ibn Paqūda, y otros muchos más. Respecto a estos dos últimos, *Libro de la corrección de los caracteres* y *Los deberes de los corazones*, es curioso observar que presenta como primer capítulo de *La corrección de los caracteres* de Ibn Gabirol, el tratado de la Unidad de Dios de *Los deberes de los corazones*, seguido del resto de *La corrección de los caracteres*, lo cual demuestra la afinidad de contenido que tenían ambas obras.²⁰

Hijo de Yēhudah ibn Tibbon fue Šēmu'el ben Yēhudah ibn Tibbon (1150-1230) el cual nació ya en el sur de Francia, en Lunel. Siguió con la tradición de su padre y pasó al hebreo la *Guía de perplejos* de Maimónides con el que estuvo en contacto por correspondencia, pidiéndole en todo momento consejo y orientación. Terminó su trabajo en 1204 unos pocos días después de la muerte del propio Maimónides. La versión fue excelente y resultó ser la canónica dentro del ámbito judío, superior incluso a la realizada por al-Ḥarizī, más purista, literaria y elegante. Con este motivo, Šēmu'el creó una terminología nueva filosófica hebrea enormemente precisa que quedó luego acuñada para la posteridad en un *Lexicon* compuesto al efecto; es el primer diccionario filosófico alfabético de Occidente (en 1213) dedicado a comprender bien la *Guía de los Perplejos* de Maimónides. En dicho *Lexicon* expone claramente su plan: primero, enriquecer el hebreo con términos tomados en préstamo del árabe; segundo, crear una serie de neologismos, sobre todo abstractos, sirviéndose de raíces hebreas, modeladas sobre el árabe; tercero, crear términos «equivocos», o atribuirles artificialmente, basados en el árabe, un segundo significado al vocablo hebreo que ya poseían una acepción propia. Igualmente tradujo al hebreo otros escritos del mismo Maimónides, como un tratado sobre el alma, la ética, la *Carta al Yemen*, el *Tratado sobre la resurrección* y otros. De Aristóteles tradujo los *Meteorológicos* con algunas notas de Alejandro de Afrodisia, y de Galeno, el *Ars Parva* con un comentario árabe.

20. Ver Ibn GABIROL, *La corrección de los caracteres*, traducción y estudio de J. Lomba, Zara-

goza, 1990; y del mismo autor *Los deberes de los corazones*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1994. *Selección de perlas*, traducción de David Gonzalo Maeso, Barcelona, 1977.

Mošeh ben Šěmu'el ibn Tibbon, hijo del anterior, que vivió en Marsella entre 1240 y 1283, el hijo de este, Ya'āqob ben Mahîr ibn Tibbon, natural de Marsella (1230-1312) y Abraham ibn Tibbon (hijo de uno de los dos anteriores) siguieron con la tradición familiar traduciendo obras de medicina, filosofía, matemáticas y astronomía del árabe al hebreo.

Y, por fin, hay que unir también a esta ilustre saga de los Tibbónidas a Ya'āqob ben Abba Mari Anatoli (1194-1258), yerno de Šěmu'el ibn Tibbon, que tradujo varias obras de Averroes y Aristóteles al hebreo, sobre todo de lógica y astronomía. Llamado Ya'āqob por Federico II, fue a Nápoles donde descolló como físico y como traductor. Allí, en colaboración con algunos intelectuales cristianos (como por ejemplo Miguel Escoto) tal vez vertió directamente del árabe al latín diversas obras científicas.

A los anteriores tibbonidas hay que añadir la figura de Šem-Ṭob Falaquerah. De familia tudelana, vive en Cataluña o Provenza hacia 1225, muriendo alrededor de 1295. La familia Falaquerah era una de las más adineradas y nobles de Tudela, aunque Šem-Ṭob era pobre y retraído. Tradujo al hebreo la primera obra netamente filosófica que se produce en al-Andalus: *La fuente de la vida* de Ibn Gabirol, de cuya versión hebrea de Falaquerah solo se conservan algunos pasajes reconstruidos por Munk.²¹ Sin embargo, curiosamente, la versión que más éxito tuvo en la Europa cristiana fue la llevada a cabo al latín en Toledo por Juan Hispano y Domingo Gundisalvo y que tuvo el título de *Fons vitae*. El hecho de esta doble versión latina y hebrea, en Castilla y Cataluña-Pro-

venza, y el éxito de la traducción latina sobre la hebrea, se explica por el carácter neoplatónico de dicha obra más digerible por la filosofía y teología agustiniana de la Europa de entonces. Traduce también del árabe al hebreo diversas obras neoplatónicas como, por ejemplo, el *Libro de las cinco substancias* del Pseudo-Empédocles. Parece que escribe en hebreo una extensa obra enciclopédica con el título de *De'ot hapilosofim*, en que se hace una síntesis del pensamiento de Aristóteles y Averroes que luego, curiosamente, parece que fue traducida al árabe.

Kalonymus ben Kalonymus, otro nombre que hay que incluir en esta segunda escuela, nace en Arles en 1287 y traduce del árabe al hebreo al menos 29 obras de matemáticas, astronomía y astrología, medicina y filosofía. Su primera traducción data del 1306 y la última fecha en que se le cita es la de 1328 cuando tenía 41 años. Parece que sus traducciones fueron anteriores a 1317, después de cuya fecha entró al servicio de Roberto, Rey de Nápoles, que estaba en Avignon en 1319. Así que marcha Kalonymus a Nápoles y, luego, a Roma. Tradujo para el Rey Roberto, del árabe al latín, la *Destrucción de la Destrucción* de Averroes.

Finalmente mencionaré dentro de esta segunda escuela a Ṭodros Ṭodrosí: que traduce numerosas obras de al-Fārābī, Avicena y Averroes; a Šěmu'el ben Yēhudah ben Měšullam ben Yishaq de Marsella, llamado también Miles de Marsella, Miles Bongodas o Barbevaire (1294-h. 1340) que tradujo los textos de filosofía política de Averroes, a saber: *Comentarios medios de la Ética a Nicómaco* y el *Pequeño Comentario a la República* de Platón; a Mošeh ben Yēhošua' Narboní, llamado Maestro Vidal Belsom o Moisés de Narbona, nacido en Perpignan a finales del XIII o comienzos del XIV, conocía muy

21. MUNK en sus *Mélanges de philosophie juive et arabe*, Paris, Vrin, 1955

bien el árabe, el hebreo y el latín y, además de traducir, compuso muchos comentarios a las obras de Maimónides (a la *Guía de los descarriados*), a Averroes (como comentador de Aristóteles), a al-Gazzālī, y a diversos libros de la Biblia.

La tercera escuela de traducción surge a finales del s. XIII y durante el XIV, para prolongarse de otra forma en el XV, como reacción ante las dos escuelas anteriores del purismo impreciso y del literalismo, a veces exagerado. Ya no se van a seguir los patrones árabes, al modo como lo hicieron los tibbonidas, ni se van a encerrar en el hebreo clásico como los puristas, sino que se va a volver la vista a los patrones escolásticos imperantes latinos, ya en este momento maduros, e incluso se van a verter algunas obras al latín. De haber triunfado esta escuela y seguido la situación lingüística en que se encontraba Europa, tal vez los judíos hubieran acabado escribiendo en latín, como lo hicieron antes en árabe y como empezarán a hacerlo un poco en el s. XV. Pero la aparición de las lenguas romances, la decadencia de la Escolástica y una nueva sensibilidad filológica que vino a suplantarse al respeto sacro por la letra, lo impidieron e hicieron que los judíos se expresasen luego, a partir del XV y del Renacimiento, en otras lenguas y no en latín o en hebreo. Como dice Sermoneta:²² «El paso del latín y de la terminología escolástica sobre el hebreo, será otra de las pistas, bien visible y notoria, del eterno puente de una lengua y de una cultura destinada a ponerse siempre como punto pasivo de referencia en la confrontación de lo distinto a lo hebraico».

22. SERMONETA, G., *L'ebraico tra l'arabo*, op. cit., p. 153-154.

En esta tercera escuela, sin embargo, hay que distinguir dos corrientes: la de aquellos que traducen del árabe al hebreo ampliando las miras y fijándose en los esquemas latinos para trasportarlos al mismo hebreo y la de quienes traducen directamente del árabe o del hebreo al latín.

A la primera pertenecen autores como Kalonymos ben Kalonymos, epígono de la escuela tibbonida, como hemos visto, y de sus contemporáneos del norte de España y de Provenza. Abraham ibn Ḥasday de Barcelona (de finales del s. XII); muy partidario de la filosofía de Maimónides, traduce *al-mīzān al-ʿamal* o *La balanza de las acciones*, de al-Gazzālī, *Sefer ha-tapuah* atribuido a Aristóteles, *Sefer ha-yēsodot*, que es una colección de sentencias y dichos de los filósofos sobre los elementos, del médico Yishaq Yisra'eli, la *Carta del Yemen* de Maimónides, *Barlaam* y *Josafat*. Zerahyah ben Ishaq Hen o Gracián (s. XIII), nacido en Barcelona de una familia distinguida, marcha en 1277 a Roma; médico de profesión, fue un insigne filósofo partidario acérrimo de Maimónides al que interpreta en sentido averroísta al distinguir totalmente entre filosofía y religión; traduce numerosas obras filosóficas y médicas y científicas del árabe al hebreo, de Aristóteles, Averroes, Maimónides, Avicena, Galeno, etc; finalmente compuso un comentario a la *Guía de perplejos* de Maimónides. Yishaq Albalag (s. XIII), traductor en 1292 de gran parte de *Maqāsīd al-falāsifa* o *Las tendencias de los filósofos*, de al-Gazzālī, añadiendo una introducción y notas con fuertes críticas a al-Gazzālī, Avicena y Maimónides. Šelomoh ben Yosef ibn Y'āqob (s. XIII), médico de Zaragoza, tradujo el *Comentario a la Mišnah* de Maimónides. Benveniste Šemu'el (muerto ca. 1376) vivió en Tarragona y Zaragoza, siendo médico de D. Manuel, hermano del Rey Pedro

IV el Ceremonioso, desde 1353; tradujo al hebreo el *Tratado del asma* de Maimónides y la *Consolatio philosophiae* de Boecio (Azaria ben Yosef ben Abba Mari, de Perpiñán, hizo otra versión de esta misma obra). Šelomoh ibn Labi (s. XIV) de la familia de los Ibn Labi o de la Cavallería de Zaragoza, fue notable como filósofo y como poeta; colaboró, así mismo con Yišhaq ben Šešet y Ḥasday Crescas en la renovación de la aljama de Zaragoza, después del pogrom de 1391 que asoló a todas las comunidades judías, sobre todo de Barcelona, quedando ilesa la de Zaragoza, razón por la cual hubo de organizarse debidamente; tal era su prestigio que, incluso ocupó cargos en la administración cristiana. Como traductor, vertió al hebreo la obra árabe del judío cordobés establecido en Toledo Abraham ibn Dawūd (1110-1180), *al-aqida al-rafi'a*, *La creencia sublime*, con el título de *Ha-ʿemunah ha-ramah*.

La segunda corriente, dentro de la tercera escuela que voy describiendo, corresponde a aquellos autores judíos que no solamente se inspiran en el latín sino que pasan las obras del latín al hebreo, dando así a conocer a los intelectuales de las comunidades judías el saber europeo del momento. Esto ocurre, sobre todo, a partir del s. XIV-XV, cuando el latín ya se ha acomodado totalmente a la nueva terminología y conceptualización. Así, por ejemplo, Abraham Šalom que vivió en Cataluña (+1492) y que fue médico de Cervera, traduce la *Philosophia Pauperum* atribuida a Alberto Magno y las *Quaestiones* sobre el *Organon* de Aristóteles de Marsilio e

Inghem. Yišhaq ben Yosef ha-Levi llamado Crescas Vidal de Caslar, traduce el *Regimen sanitatis* de Arnaldo de Villanova (junto con otras obras del mismo autor) en Avignon en 1327. Abraham Avigdor tradujo la *Introducción al Arte* de Bernardo Alberto. Eliyahu ben Yosef Habilio, de Monzón (s. XV) tradujo obras de Santo Tomás, tres tratados de Guillermo de Ockham, Duns Scott y tal vez un libro de Vicente de Beauvais. Azaría ben Yosef ben Abba Mari (de Perpignan) tradujo la *Consolatio Philosophiae* de Boecio.

Basten estas rápidas y abreviadas pinceladas para que pueda apreciarse la inmensa labor transmisora hacia Europa que llevó a cabo esta zona del Valle del Ebro y nordeste de la Península y sureste de Francia, la Frontera Superior andalusí y Corona de Aragón cristiana. Además del volumen de obras que dio a conocer a Europa, la manera misma de pasarlas fue diferente, en cuanto a la lengua (del árabe al hebreo), en cuanto a los protagonistas (judíos especialmente), en cuanto al modo (con esforzados experimentos gramaticales y lexicográficos de traducción) y en cuanto al protagonismo intelectual que ejercieron quienes llevaron a cabo la transmisión. No se limitaron a traducir: crearon una ciencia y pensamiento propio que arraigó en la zona y que cristalizó tanto en los intelectuales judíos como en los cristianos. Con lo dicho queda suficientemente claro el peso que ante la Europa medieval y moderna, tuvo la región peninsular que acabo de describir.

